

que... nos levantemos para castigarlos, y con las represalias conseguir dos fines, que pueden servirnos mañana..., hacerles ver que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males, como la hierba que de los campos se extirpa porque no sirve para nada» (págs. 262-263).

Este es el valor social e ideológico de la obra de Arguedas. Lo destacamos porque, casi siempre, tanto los críticos literarios como los enemigos del escritor, parecen haber ignorado este aspecto importantísimo de la novela: mostrar, a través del espejo de la literatura, el extraordinario valor humano de millones de indígenas que merecían una vida mejor; y condenar a sus amos, a la sociedad que hacía posible esta esclavitud.

Wata-Wara, con cuya descripción se abre el libro, siente una evidente atracción por el joven Agiali, atracción física que deberá terminar en el matrimonio. La vida la ha hecho —ya tan joven— dura, práctica, trabajadora, silenciosa y resignada a los dolores de esa vida y aún a los aspectos más sórdidos de la misma (ella deberá entregarse al cholo Troche y también al cura, para poder casarse). Símbolo de su raza y de su comunidad, ella desempeña una función concreta en su medio y acata las normas de su mundo. En sus actitudes hay una visible ausencia de todo condimento o concesión romántica. Ella quiere formar un hogar con su compañero y convierte en positivo hasta lo trágico: le comenta a Agiali que las monedas con las que Troche ha pagado su virginidad servirán para comprar unas gallinas... Ninguna tendencia a dramatizar o a la queja inútil.

Insensible al dolor físico, al frío o a la soledad, su comportamiento ante las manifestaciones primitivas de amor de Agiali que la pellizca (pág. 14) o la golpea ferozmente (pág. 102) después de su entrega, confirman esta característica de su raza. Para ella lo importante es formar un hogar, una familia, entidad supra-individual cuyo valor está por encima de lo personal. Y vemos, además, cómo, también en su caso, lo social tipifica lo amoroso individual. Por eso, ella concede (como Agiali) tanta importancia a la relación con sus padres. La madre de Agiali y el anciano padre de Wata-Wara combinan el casamiento (págs. 105-106), y realizan todas las ceremonias que dispone su mundo.

Agiali es también duro y primario, elemental, ahorrativo, trabajador, responsable. Su resentimiento, que es una forma escondida de agresión, sofrenada por una organización social injusta, se irá acumulando a través de la obra, hasta el estallido final. Primero es la reacción contra Troche; después, el maltrato a golpes por el cura, que al fin también exigirá los favores de la muchacha; finalmente, el asesinato. El resentimiento se vuelve odio inextinguible. Astuto, fuerte, hábil, duro, sabe disimular y luchar porque ha debido hacerlo siempre para obtener todo lo que le ha sido dado. Por eso su dureza para con su madre viuda, para con sus hermanos, para consigo mismo.

Cuando se entera de lo que ella ha sufrido con Troche, estalla:

«... a él, si pudiera, le comería el corazón...

—¡Y yo también! Le odiamos, ¿verdad?», agrega ella (pág. 104).

Y esto es lo que queda a los humillados: el odio escondido en el corazón... Cuando

habla con su madre, Choquela, y le cuenta lo sucedido a Wata-Wara, su progenitora trata de que el muchacho no se case con su novia:

«—¡Merece que la maten! —repuso Choquela, con esa inquina de las madres pobres que viven a expensas de los hijos solteros.

—A ella no; a él... —repuso con indolencia el mozo» (pág. 104).

A esta serie de humillaciones se suman los golpes que recibe del cura Pizarro, que cobrará además su derecho de pernada... La muerte de la joven pondrá en marcha la venganza de todos, y es aquí donde aparece el disimulo, la astucia del resentido, la ferocidad del humillado que cobrará caro precio a sus dominadores. Cuando el padre se entera de la muerte de Wata-Wara, le pregunta a Agiali:

«—Quisieras vengarte, ¿verdad?

—¡Quisiera...! ¡Quisiera morderles el corazón!» (pág. 247).

Choquehanka encarna en sí los dos extremos de la tragedia. Por una parte, es el personaje individual, el padre de Wata-Wara y el maestro y protector de Agiali. Encarna, en cierto sentido, el padre ofendido y humillado. Por otra, está en la dimensión social, es el representante de la comunidad avasallada y agredida, el jefe espiritual de los indígenas, el sacerdote, el consejero y guardador de las leyes y las costumbres. Así debe entenderse su título de «Choquehuanka, el Justo». Su descripción, en la novela, ocupa un espacio mayor al de todo otro personaje; desciende directamente del cacique que cien años atrás había saludado en Huaraz al Libertador:

«Era un indio sesentón, de regular estatura, delgado, huesoso y algo cargado de espaldas, lo que le hacía aparecer canijo y menudo... Su rostro cobrizo y lleno de arrugas acusaba una gran gravedad venerable, rasgo nada común en la raza... era consejero, astrónomo, mecánico y curandero. Parecía poseer los secretos del cielo y de la tierra. Era bíblico y sentencioso... (págs. 128-129).

Choquehuanka es el centro de las ceremonias y el curador de las tareas de la comunidad, que ocupan un enorme espacio en la novela. En él se sintetizan los *valores sociales* de la sociedad en que vive. Su visión del mundo, pesimista, dura, desesperanzada, nace de su vida, de su experiencia. Es el representante de las instituciones políticas de su comunidad (recuérdese sus palabras y función en la importante ceremonia del cambio de hilacata, por ejemplo). Es la norma y también el saber práctico. Pero a la vez es la conciencia ética de su grupo social, por eso, cuando se resuelve la rebelión, será él quien dirá a los suyos:

«Vais a derramar sangre de hombres... pensad en las consecuencias morales y sociales que caerán sobre nosotros» (págs. 248-250).

Es el depositario de las normas, *la ley* heredada. Y es también *el que sabe*, el que ha recibido de los antepasados los conocimientos que permiten predecir cómo será la cosecha, si habrá peces en el lago, si el tiempo será o no favorable a las labores de la agricultura, a la cosecha, a la reproducción y alimentación de los animales domésticos. Es *el sacerdote*, aquel que conoce los ritos ceremoniales de invocación a la naturaleza,

las fórmulas antiquísimas que deben ser usadas para pedir a la Tierra (la Pachamama), que haya peces y granos y hierbas para el ganado y los hombres.

Pero también es *el consejero político*, el representante de la comunidad en sus relaciones con el poder de los blancos, de los poseedores de las tierras. Consejero y padre, resuelve con su prudencia y su sentido de la justicia las disputas entre los distintos miembros del grupo, y los pleitos que éstos mantienen con los poderosos. Es el que siempre tiene a mano la palabra para consolar a los dolientes y a las viudas, a los huérfanos y a los desheredados.

Su filosofía vital se expresa en términos que suenan a definitivos; cuando le preguntan por su escepticismo, responde: «¡Es la vida!» (pág. 129) o «Nuestro destino es sufrir» (pág. 117). Por eso su función esencial cuando se resuelve la venganza colectiva, que significa un cambio en la actitud de toda su vida.

Frente al viejo sabio los demás personajes parecen circunstanciales, planos, inimportantes, tanto social como humanamente. Los otros funcionan como modelos de la existencia general, como ejemplos de la vida social, no individual. Quilco, que enferma y muere, muestra con su pequeña tragedia la terrible dureza de esa sociedad, que no admite en su seno a individuos débiles o enfermos. Estos, como Quilco, deben sobrevivir a la falta de atención médica y a una geografía que sólo permite continuar a los más fuertes. La muerte de uno servirá para mostrar la reacción de estos hombres ante ese fatal tránsito: una circunstancia común que puede acaecerle a cualquiera, y que no admite demasiadas exteriorizaciones. La vida debe proseguir, por encima del dolor y la muerte. A esta visión particular de la muerte (Manuno, Quilco), siguen las ceremonias fúnebres, en que toda una ritualidad específica desplaza su costado social: Choquela, que a gritos confiesa su vida y su relación con el desaparecido. Y el entierro será seguido por la forma festival de la ceremonia, en la que el alcohol encarna la forma del olvido. A ésta seguirá después el recuerdo del día de los muertos, cuando Carmela, la viuda de Manuno, tratará de calmar el alma en pena de su marido (págs. 149-152). Obsérvese aquí de qué manera lo individual está siempre unido a lo colectivo; aun esta circunstancia personal se inscribe en la esfera de lo comunitario.

Otro personaje más integrado a lo general que a lo individual es, por ejemplo, la bruja de la aldea, la Chulpa. Es la que desempeña las funciones de comadrona, abortera, curandera y hechicera. La Chulpa sabe cómo interpretar el sentido positivo o nefando de ciertos hechos, es la que predice la muerte de Manuno y la tragedia que caerá sobre Wata-Wara. Ella cura los males de amor, las enfermedades físicas y hasta las mentales. Esta sociedad primitiva está muy bien mostrada por la importancia que en ella desplazan los ancianos, sociedad en la que conservar, proseguir, reiterar los gestos y formas heredadas vale mucho más que intentar acciones o gestos nuevos. Mundo detenido, presto a repetir y continuar, y que ignora el cambio.

Como ya se había indicado en *Pueblo enfermo*, en la novela uno de los personajes nefandos es el cholo Troche: malvado, lujurioso, rapaz, egoísta, codicioso (págs. 95-96, 135, etc.). Los blancos, comenzando por el patrón, Pantoja, así como sus amigos, cargan notas marcadamente negativas: egoísmo, pereza, incapacidad humana para comprender la tragedia de los indios, sevicia, maldad gratuita. Son consumidores puros, inútiles herederos de tierras que no saben administrar ni trabajar. A través de

ellos, Arguedas ha dejado un retrato siempre negativo de toda una clase social boliviana: la de los terratenientes. Para éstos, los indios son animales de carga, rapaces, mentirosos y un verdadero mal necesario. Aun aquellos que parecen adoptar ante los indios una actitud positiva (como es el caso de Suárez, el poeta, que se compadece humanamente de sus desgracias) no son mostrados nada más que como integrantes de la clase ociosa: carecen de los conocimientos concretos del asunto y adoptan ante el problema una actitud elusiva y lírica. Suárez, intelectual inmaduro y ñoño, ecologista *avant la lettre*, le sirve a Arguedas de ejemplo de la visión entre romántica y modernista de la vida andina que manejan estos literatos, productores de una literatura anacrónica cuyo ejemplo lo da la «Leyenda incaica» que éste lee a sus amigos... Es evidente que aquí Arguedas postula lo que el narrador llama literatura «de observación y análisis», que se contrapone a la del ejemplo allí reproducido (págs. 227-236)⁵.

Otro blanco, representante de la Iglesia, le sirve a Arguedas para mostrar, dramáticamente, la corrupción que la soledad y ese mundo pueden ejercer sobre un ser débil y moralmente quebrado. El cura Hermógenes Pizarro, sensual, codicioso, anticristiano, sirve también para ejemplificar la actitud que durante siglos adoptaron los representantes de la Iglesia católica: instrumento de apoyo a los operadores y de justificación del poder. Su sermón, durante la fiesta de la Cruz, es un ejemplo de ese apoyo político-religioso (págs. 154-157 y 191-192). La fiesta religiosa termina en una terrible borrachera final en la que el alcohol se erige en una forma de huida y olvido para una existencia intolerable.

Novela espacial

Un breve apartado servirá para mostrar de qué manera en la voluntad del autor, lo espacial es de enorme importancia. Con habilidad narrativa elogiada, Arguedas ha ido insertando a lo largo de la obra (a lo largo del desarrollo de la intriga central bifurcada: drama de los enamorados y drama de la comunidad en que viven), toda una serie de descripciones de las tareas, fiestas, ceremonias, labores de la sociedad indígena a la vera del Titicaca. Esas tareas y ceremonias siguen el ritmo cronológico de las estaciones y los meses. Primero asistimos al recuerdo, actualizado con un tremendo dramatismo, de la rebelión indígena pretérita, reprimida con ferocidad inigualada (págs. 119-124). Esto da el costado histórico de la comunidad, y debe ser leído como un eco anterior de algo que ocurrirá al final de la obra: todo lo que vamos a leer es otra acumulación de circunstancias que llevarán a la nueva rebelión. También lo que va a suceder se inscribe en un proceso cíclico y reiterado, como las vidas de los agonistas de la novela.

Al casamiento de Agiali y Wata-Wara siguen las labores de junio, secar las patatas y preparar chuño, tunta y caya (pág. 108); la ceremonia de Chaulla-Katu, pidiendo a los peces que fecunden la especie para que alimenten a los hombres (págs. 112-113); las ceremonias del entierro de Quilco (págs. 137-141); en septiembre, mes de las

⁵ Sobre la leyenda, léase RICHARD FORD, «La estampa incaica intercalada en *Raza de Bronce*», *Romance notes*, 18, 3 (1978), págs 311-317, que plantea algunos problemas dignos de estudio.